Epoca IV — Barcelona 3 de febrero de 1915 — Número 246

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

Consecuentes con el criterio que antes y durante la guerra hemos sostenido, iniciamos en este número una serie de artículos, que constituyen la refutación del compañero Pedro Esteve, de Nueva York, a los argumentos que expone Kropotkine para justificar su sorprendente actitud.

# DISCUTIENDO

**Para P. KROPOTKINE**

Es esta una discusión que no hago con gusto. Mi "Carta abierta" a Kropotkin no fué escrita con el deseo de polemizar, y sí solamente con el de llamarle la atención sobre las malas consecuencias que acarrearía al ideal anarquista su carta dirigida al profesor Steffens. Esperanzaba obtener una rectificación, de la cual resaltara que ante todo y por encima de todo continuaba siendo el anarquista enemigo irreconciliable de toda autoridad, de toda explotación, de todo prejuicio religioso, de toda colaboración de clases, el internacionalista verdadero que en cada hombre, no importa donde nacido, ve un hermano más o menos obcecado por la fuerza de la tradición, el rebelde impenitente capaz de reaccionar potentemente contra el ambiente que le circunda. Era un ruego, sin sombra de catilinaria, el que yo le hacía.

Pero en su contestación a mi "Carta abierta" Kropotkin hace más que ratificar su opinión sobre nuestra intervención en la guerra actual en pro de las potencias aliadas; muestra tenaz empeño en demostrar que así ha pensado y sostenido siempre; más todavía, que éstas no son ideas propias, originales suyas, sino las sostenidas por la primera Internacional.

Véome precisado, pues, aunque me duela, a demostrar que Kropotkin, obsesionado por su amor a la tradición revolucionaria de Francia, olvida los principios del anarquismo que tanto enalteció con su pluma, su palabra y sus hechos.

Refresquemos la memoria sobre el pasado. La Internacional surgió precisamente negando el principio de las nacionalidades, la diferenciación substancial de las formas políticas, la explotación del hombre por el hombre, toda teología. Habían los hechos demostrado palpablemente a los obreros que la revolución religiosa, la revolución agraria, la revolución política no habían resuelto el problema social. Y comprendieron que en tanto quedara en pie la propiedad privada, el gobierno político y las instituciones eclesiásticas no se emanciparían los humanos, ya que el "ciudadano", siendo trabajador, continuaba siendo el siervo de los ricos, y que los ricos, aun llamándose "ciudadanos", seguían siendo los señores de los pobres, por lo cual no podía haber entre unos y otros harmonía, ni pactos, ni paz. Por lo tanto, los trabajadores de todo el mundo, unidos sin distinción de color, creencia ni nacionalidad, declaraban la guerra a la burguesía mundial. El productor, no el ciudadano, debía ser la raiz social, la política demoledora, no la reformista, su acción; la emancipación de los trabajadores por obra de los trabajadores mismos, su fin.

En sus comienzos, en la Internacional, afanosos de medrar, entraron toda clase de gentes; pero pronto se libró del lastre político burgués, delineándose mejor cada día la vía a seguir de acuerdo con los principios socialistas, dejando al desaparecer, como organización, de la vida pública, dos tendencias bien marcadas: la socialista anarquista y la socialista autoritaria, que, partiendo del mismo punto, tomando dirección distinta, cual dos líneas divergentes, fueron separándose paulatinamente, al punto que son hoy, los unos, los anarquistas, los réprobos del actual régimen; los otros, los socialdemócratas, los autoritarios, sus niños mimados. Ocupan éstos sitiales en los parlamentos, escalan los ministerios, viven cómodamente; aquéllos corren por el mundo cual judíos errantes, pueblan las cárceles, suben a menudo las gradas del cadalso. Evolucionistas los primeros, preocúpanse, ante todo, de reformar el presente estado social a fuerza de leyes, llegando a desear y a ayudar al pleno desenvolvimiento del capitalismo, y a querer perfeccionar la magistratura, el ejército, la escuadra y hasta la policía; han rehuído siempre comprometerse a ir a la huelga general, a la revolución, en caso de guerra entre diferentes naciones, y no me extraña, me parece que era natural esperar que fueran del bracete con la burguesía en esa jamás maldita fratricida guerra. Son los bastardos del Socialismo. Revolucionarios los segundos, rompieron todo nexo con cuanto representa y encarna el sistema capitalista autoritario, y propagan, organizan y obran fuera y en oposición a los moldes presentados por las clases directoras; no votan, niéganse a ser soldados, combaten toda legislación, todo autoritarismo, toda desigualdad; creen que el avance humano se efectúa mediante la obtención directa de lo que se desea por el propio esfuerzo o cooperando voluntariamente con los que deseen otro tanto. Estos, por propia voluntad, no pueden luchar bajo las órdenes de un enemigo, ni aun para defender ciertas libertades de un dado pueblo.

Y, por lo mismo, cuando Kropotkin dijo en París, cosa que yo no sabía, que le dolía tener 62 años y no poder coger el fusil para defender a Francia, y al repetir ahora que nuestro puesto está al lado de las naciones aliadas, ha dado una propia opinión personal que está en desacuerdo con los principios de la primera Internacional y del anarquismo actual. Le ha impulsado la misma errónea idea que hizo decir a Bebel que en caso de guerra con Rusia cargaría el fusil, la de creer así defender la libertad. Y la guerra actual ni el aspecto tiene de lucha por la libertad, y por eso ha sorprendido, no sólo a los anarquistas, si que a los mismos burgueses, al ver que algunas de las renombradas personalidades del anarquismo hayan excitado a ir a la guerra contra Alemania.

No voy a discutir si Francia es más o menos liberal, más o menos centralizadora, más o menos civilizada que Alemania (cosa secundaria para mí, porque si lo fuera no lo sería por su forma de gobierno, sino por el sentimiento popular y éste encontraría manera de hacerse respetar o se rebelaría); más ¿quién puede creer que en esta guerra vaya envuelto algún principio de libertad, de descentralización ni de antimilitarismo? ¿Qué interés tiene Rusia (nos referimos a los gobiernos, que son los que declararon la guerra y los que la terminarán cuando les convenga) ni el Japón en defender las "libertades" francesas? ¿Quién puede creer que es el sentimentalismo lo que ha movido a Inglaterra a intervenir, al ver Alemania violando la convenida neutralidad belga, si ella jamás tuvo reparo en anexionarse cuanto territorio le ha convenido, como acaba de hacerlo ahora mismo de una plumada con Egipto? ¿Quién puede soñar siquiera que siendo Alemania vencida se acabaría con el militarismo? Esta guerra, forzosamente, reforzará el militarismo doquiera. En las naciones beligerantes, las triunfantes, para poder mantener lo ganado; en las derrotadas, para preparar la revancha; las neutrales, para no hallarse desprevenidas; todas querrán aumentar sus fuerzas de mar y tierra. Tratan ya de ello ahora.

Dudo que ninguna otra guerra haya demostrado tan claramente como está probándolo esta, que se lucha sólo por intereses, no por principios. Búscase sólo conservar o apoderarse de ricos territorios y útiles puertos, juntándose para ello en la pelea republicanos, monárquicos e imperialistas; francos, anglosajones, eslavos y mongolianos; católicos, protestantes; ortodoxos y budhistas; cristianos y mahometanos. Las alianzas se han hecho, tanto de una como de otra parte, teniendo en cuenta el desarrollo del propio capitalismo. Inglaterra y Alemania, las dos rivales comercio-industriales, son las directoras de esta guerra, queriendo ambas el predominio mundial. Francia, Rusia, Bélgica; Servia, Japón; Austria-Hungría y Turquía, son los peones que mueven según les conviene. Es lucha de Estados contra Estados, no de pueblos contro gobiernos.

El pueblo en esta guerra no ha tenido, ni tiene, ni tendrá voz ni voto, ni siquiera modo de hacer sentir su influencia. Tiene que reducirse a seguir las órdenes de Kuchener o de Joffre, del príncipe heredero de Alemania o de Hindenburg, del gran duque Nicolás o del príncipe Karl, sujetos ellos mismos a los quereres de las camarillas palaciegas y bancarias. Hasta los cuerpos voluntarios son mal vistos, a pesar de estar bajo las órdenes de oficiales del ejército regular. Como bien dijo Mirbeau en otro tiempo: el pueblo va a estas guerras cuando le dicen que vaya, y mata cuando le dicen que mate, y vuelve cuando le dicen que vuelva, sin saber por qué va, ni por qué mata, ni por qué vuelve. Ningún anarquista, a no ser que esté obcecado al punto de olvidar por completo sus principios, puede aconsejar a sus compañeros que vayan a pelear en el seno de los ejércitos aliados. Realmente Kropotkin no lo ha dicho tampoco, como muchos lo han creído.

Dice "que él conoce sólo un medio para oponerse a la guerra", el que rechazo; esto es, "que los trabajadores de los demás países neutrales intervengan de todos modos (voluntarios, huelgas, ect., etc.,) a favor de los países invadidos." Yo, en cambio, creo conocer muchos, que están bien lejos del "dejad pasar, dejad hacer" que me supone en este caso partidario Kropotkin, que son, creo, la emanación natural de nuestros principios anarquistas. Yo acepto y aplaudo que jóvenes y viejos —y aun mujeres y niños— agarren un cuchillo o un hacha, mejor una bomba si pudieran, para defenderse de los que asaltan los hogares, matan a paisanos indefensos, violan mujeres, asolan los campos, y no sólo en Bélgica, sino en el Este de Prusia, y en Galitzia, y en Polonia, y doquiera las botas de un soldado atropellen un humano ser. Yo acepto, y aplaudo, las huelgas de ferrocarrileros hechas con el propósito de obstaculizar el transporte de tropas y municiones. Quisiera ver a las mujeres, no convertidas en enfermeras, sino en heroínas no dejándose arrancar a sus hijos, a sus esposos, a sus hermanos. No, yo no he dicho, ni pensado nunca que ante esta mundial tragedia debiéramos cruzarnos de brazos. He sostenido y sostengo que debíamos tratar de impedir la guerra cumpliendo lo que habíamos prometido, sin excusarnos con que sabíamos que los demás no nos seguirían. Los movimientos revolucionarios comienzan con poco, se extienden después y llegan a ser potentísimos. El ejemplo dado en París pudiera haber repercutido en Berlín y Viena. Los comunalistas en el 71 no tuvieron en cuenta que los prusianos rodeaban las murallas de París, y aun siendo vencidos y "masacrados" de sus compatriotas, lograron, al menos, dar un bellísimo ejemplo al mundo y aun hacer que terminara la guerra. Y si lo indicado y mucho más que no hay necesidad de detallar, no podía realizarse por no hallar el pueblo dispuesto a secundar un tal movimiento, debíamos quedar en nuestro puesto mostrando las bestialidades de la guerra y aprovechar cuantas ocasiones se nos presentaran para perjudicar a las clases directoras y favorecer a las explotadas, sin hacer distinción entre franceses y alemanes, que los belgas si llegan a internarse en Alemania no serán mejores de lo que han sido los alemanes en Bélgica. Es la guerra la que vuelve a los hombres bárbaros, no sólo contra el supuesto enemigo, sino contra los mismos connacionales. Si para tomar unas trincheras hay que arrasar la ciudad en la que habitan los familiares de los soldados que dan el asalto, el general dará la orden sin remordimiento alguno. Y mientras, los saldados, el pueblo en general, muchos años después de la guerra, continuarán odiando rabiosamente a los del otro campo, los magnates, amiguísimos, gozarán de las rentas y de los honores de la guerra, que habrá servido sólo para alargar la existencia al régimen burgués, si los "revolucionarios" no saben más que luchar bajo las órdenes de sus enemigos y al lado de cretinos.

Si fuera cierto que el problema social no pudiera ponerse en sus verdaderos términos en tanto no fuera resuelta la cuestión de nacionalidad, ni hubiera sido nunca puesto, ni podría jamás ponerse, porque no hay una sola nación en Europa que tenga resuelto tal problema, ni se resolverá en tanto no queden abolidas todas las nacionalidades mediante la libre federación de comunidades por nosotros perseguida.

Este artículo, a pesar de haberme esforzado en condensar lo más posible mi argumentación, resulta ya demasiado largo. Seguiré en el próximo número.

P. ESTEVE

## Los momentos son propicios

El manifiesto del compañero francés Sebastián Faure ya principia a dar los buenos resultados que era de esperar.

Con placer—ya lo esperábamos—hemos leído *La Justicia Social*, de Reus, dispuesta a contribuir con todas sus fuerzas, con todos sus entusiasmos, al restablecimiento de la paz. Igual manifestación esperamos de la demás prensa socialista, sindicalista y anarquista, y en seguida, entre todos, precisa buscar la forma más favorable de intervenir.

Son propicios los momentos; el desaliento entre los soldados combatientes cunde en los ejércitos beligerantes, exteriorizándose en numerosas deserciones; los heridos, una vez curados, se niegan a volver a filas; libros y folletos a millares circulan en París, en los cuales no queda bien parado el prestigio del generalísimo Joffre; en Berlín tiene que ocultar el gobierno las derrotas o convertirlas en victorias para contener el descontento próximo a estallar, y todo indica lo favorable de las circunstancias para que sea oída la voz de los que hemos tenido la serenidad suficiente para no inclinarnos al lado de los aliados ni de los germanófilos, sino para combatir la guerra en todas sus manifestaciones.

Y no debemos descuidarnos en esta labor, ya que aprovechando la excitación producida por la botaratada alemana derribando la estatua de Ferrer en Bruselas, se agitan los partidarios de ambos bandos, para ver si pueden provocar la intervención de España en el conflicto.

Hay comité constituído en Londres, que en la actualidad recoge adhesiones para la campaña en favor de la paz; lo hay en Holanda, y no dudamos los habrá en otras naciones. Seguramente que en España también se constituirá y el entusiasmo será uno de los principales factores para que el éxito corone los esfuerzos que habrán de realizarse.

## ASI SOMOS

La mayor parte de los anarquistas de Barcelona, hemos formado nuestra convicción libertaria leyendo a Mella y oyendo a Lorenzo, y de la propaganda de estos significados compañeros, de la acometividad del primero y de la entereza del segundo hemos sacado la consecuencia de que la verdad es una, y si los anarquistas son poseedores de la verdad, no hay motivo para que un accidente en la historia, por fuerte que el accidente sea, nos haga cambiar nuestro criterio.

Anselmo Lorenzo nos decía algunas veces:

—Me dicen que soy machacón sobre algunos asuntos; pero si hace 40 años que soy poseedor de la verdad y nadie me ha demostrado que vivo en el error ¿he de dejar de sostenerla por temor a disgustar a unos cuantos *innovadores* de palabras?

¡La transigencia! Sí, es preciso transigir, pero sin dar lugar a desvirtuar el ideal. Y no confundimos discutir con transigir, porque si de lo primero puede salir la luz, de lo segundo puede salir, y casi siempre sale, la anulación; porque discutiendo, las ideas se reafirman y transigiendo se debilitan.

Aunque tenemos mucho de intransigentes respeto al ideal, tenemos poco de intolerantes.

Se transige, cuando se cree impotente para sostener lo que de derecho corresponde; entonces se transige, *se cede*, y nosotros que hemos sido intransigentes en lo que afecta al ideal, ante los Consejos de Guerra, ante los pactos del hambre, ante las necesidades de nuestros hijos, ¿hemos de transigir cuando se trata de una desviación —*sí, desviación*—del ideal de nuestros amores?

Todos los transigentes, todos los que han dicho que eran precisas ciertas concesiones *a los afines*; todos los que han manifestado simpatías, aunque *circunstancialmente* a determinados personajes políticos, a todos los hemos visto caer de bruces, o en el sindicalismo negando el anarquismo, o en los partidos políticos prestándoles la savia de que carecían; y para ser transigentes no hace falta ningún dogma, ¿para qué?

Dogmáticos sí, pero no sectarios; porque dogma es un punto de doctrina. Los católicos son dogmáticos, porque la doctrina de la Iglesia la creen revelada por Dios, y no confundiendo el dogmatismo con el sectarismo, nosotros definimos la palabra *dogma*, por proposición que se asienta por firme y cierta, como principio innegable, en alguna ciencia.

El dogma estorba y no es preciso para estar a la que salta, porque el dogma—a pesar de los pesares—significa convencimiento, idea arraigada.

Y nosotros no solamente evitamos el caer, sino hasta el colocarnos en la pendiente.

## ¡Oh, la experiencia!

Los que no han salido de los estrechos moldes del medio familiar; los que no han traspasado los límites lugareños del pueblo donde han nacido, de la provincia, región, etc., donde han bebido los primeros afectos, las primeras dosis de moral y libertad, no pueden tener un concepto, siquiera aproximado, del valor específico fundamental que tiene en la constitución y fomento de nuestros conocimientos y en el progreso de nuestros ideales lo que llamamos viajar, cambiar de medio, recorrer mundo.

El castillo de naipes de nuestros ideales, formado de bellas ilusiones, de grandezas de espíritu, de heroísmos, de moralidad, de grandes abnegaciones en el terreno de las más bellas prácticas sociales, como la solidaridad y el apoyo mútuo, húndense con estrépito ante el cruel embate de la experiencia. De esa experiencia impía y torturante que nos impone con los ojos grandemente visibles de la grosera pero ineludible realidad de los hechos, el reconocimiente tácito de nuestra inocencia, de nuestras equivocadas esperanzas y de nuestra sencilla y cándida creencia en virtudes y aptitudes del más elevado valor moral, intelectual y social.

Cuando hastiados de luchar en un mismo ambiente, y sintiendo añoranzas de vida, nos disponemos a cambiar de residencia, a volar a través del mundo desconocido esperando encontrar en otros lugares la vida próspera, el ambiente sano y los hombres aptos y capaces de soñara nuestra ardiente y fecunda imaginación de *bohemios revolucionarios*, la decepción es anonadadora, desesperante.

Donde quiera que vayamos; aquí, allá, acullá que sentemos nuestras reales y nos mezclemos con los fuertes y los débiles, con los llamados conscientes como con los tildados de ignorantes, notaremos, a poco que observemos, salvo pequeñas diferencias de detalle y cantidad, los mismos vicios, los mismos egoísmos.

Las masas ignorantes en todos los lugares del globo son siempre las mismas: disciplinadas, cargadas de atavismos, de errores, rindiendo culto al *dios tradición* y al *dios decrépito*, vejadas, tiranizadas, sirviendo de carne de explotación y de comparsa a sofistas y políticos.

Resignadas e incapaces de actitudes y gestos elevados, rebeldes y dignificadores; siempre sumisas y obedientes, contentas con su suerte, llevando sobre sus espaldas, con estoica resignación, el pesado e intrincado *armatoste* de la sociedad *autoritario capitalista*.

Entre las minorías llamadas conscientes se dan los mismos fenómenos, desfigurados, desvirtuados un poco por una decantada cultura, rebeldía e individualidad que, profundizando un poco, no tiene en ellos más que un valor superficial. En este campo dominan las medianías ineptas, superficiales y egoístas. La mayoría de los individuos que integran estas minorías son meros similadores. Militan más por sport que por conciencia y sentimiento de rebeldía y amor a la futura sociedad que preconizan.

Propagan la solidaridad como un medio noble y desinteresado de apoyar a los que sufren persecución de la justicia histórica, y obran como los falsos filántropos y como los caritativos; exigen, ya que no directamente, pero sí indirectamente, simulándolo en su convivencia con los caídos, recompensa, consideración, reconocimiento a su filantropía. Entienden pero no practican la solidaridad expontánea, sin sanción, por pura simpatía.

Llámanse revolucionarios y se pasan el tiempo en tanteos. Para ellos nunca favorecen las circunstancias. ¡No hay ambiente! —exclaman—. ¡Será un fracaso!... ¡Lo perderemos todo!... ¡Pasó el tiempo de hacer *cristos*, etc.!... Y, en cambio, alimentan a las masas de esperanzas en el porvenir. Ante ellas son furibundos revolucionarios. Las sugestionan, las engañan cantándoles bellezas que no sienten, hechos que no realizarán. Y es que *se obra a lo polí-*